



LA ROCA DE CASTEL-FOLLIT EN CATALUÑA.

## ESTUDIOS LITERARIOS.

## TEATRO ANTIGUO.

## ARTICULO QUINTO.

(Conclusión.)

Sentimos en efecto, y muy mucho, la imposibilidad existente en Atenas de ver bonitas caras en el escenario, y aun en el teatro donde raras veces se encontraban.

Pero es un hecho, y si no díganlo quienes leyeren estas malas cosas que escribimos, que nosotros en último análisis, pues hemos de ser francos, vamos al teatro á contemplar absortos la linda faz, el esbelto talle, el diminuto pié ó el gracioso garbo y coqueto decir de las actrices, cosa mas amena, mas interesante que el flexible octosílabo de la comedia, aunque mane fluido y ameno de la pluma de Eguilaz, ó la almibarada prosa del drama: nosotros, que en resumidas cuentas vamos á aquel templo de las Musas á hacer segun nuestro peculiar gusto y la escuela que seguimos en esta materia, un estudio de la belleza femenina, asemejando la dama que mas nos place y conviene, si estamos por las rubias, á cualquiera de esas famosas que nos ofrece la historia: á Laura, á Beatriz, á Angélica, á la Fornarina, que inspiraron el génio de Petrarca, del Dante, del Ariosto y de Rafael: ó á

Diana de Poitiers, á Gabriela d'Estrées, á Julia d'Etange, á Inés Sorel, bellas y coquetas Dulcineas que inspiraron cosas, á la verdad menos santas que el génio y menos inocentes que la hidalga del Toboso, esto es, los caballerescos amores de un rey del siglo XVI, Enrique IV de Francia: y remontándonos hasta el mundo antiguo, hasta la misma Atenas que nos ocupa, asemejando nuestra dama á Friné, que servia de modelo á Apelles para sus cuadros y á Praxiteles para sus estatuas, y ofrecia reedificar ciudades con el producto de sus amores, ó á Aspasia, la Ninon de Lenclos de Atenas, y que cortejaban con sano intento y sólidas miras, Pericles, Alcibiades y el virtuoso Sócrates.

Pues todas estas damas eran de un hermoso rubio claro, como el de esas virgenes humanas que se crían poéticas y sentimentales, bajo el vaporoso cielo de la fria Albion.

O si estamos por las morenas, que esta es la mas seguida opinion entre los españoles, asimilaremos la morena actriz que mas nos gusta ó á Laís que se quejaba amargamente, llevada de su *natur al pudor* de que Diógenes y otros filósofos de Corinto padeciesen diariamente la equivocacion de tomar el camino de su casa, en vez del de las aulas abandonadas: ó á Melania que tenia revuelta á toda la bella juventud de la misma ciudad: ó á Cintia, Libia, Lesbia, y otras célebres morenas romanas que servian de fáciles musas á Propertio, Horacio y Catulo: ó como suele suceder que á nosotros descendientes de árabes nos gustan las morenas orientales, los tipos hebreos que son los mas perfilados de todos, considerar si la morena en cuestion se reproduce en Rebeca ó Raquel, en Abigail ó en Tamar, en Susana ó en Noemi, en

26 DE NOVIEMBRE DE 1854.



Zoleika ó en Betsabé ó otra cualquiera célebre morena de los Santos Libros: ó por fin, y en tiempos posteriores, ver si nuestro gusto se retrata en las históricas morenas castellanas, María de Padilla, Inés de Castro ó Leonor de Guzman.

Nosotros, que estamos muy lejos de participar de la opinion de Ifigenia, de que la vida de un hombre es mas preciosa que la de muchas mujeres, y que deseamos ver á estas en el escenario, reales y verdaderas, tal como naturaleza las hizo, con su série de naturales atractivos, que en las sociedades modernas les dan valimiento y poder siempre igual, á veces superior al del hombre, en su triple carácter de madres, hijas ó esposas; nosotros, que miramos las cosas bajo tal punto de vista, no hubiésemos seguramente ido al teatro.

Ya que ahora este no es escuela de costumbres, y que no tiene ningun carácter social, político ó religioso, y ni aun frecuentemente literario; ya que no hiere nuestra mente y la afecta con el desarrollo gradual que verifica delante de ella, de ideas grandes, enérgicas, elevadas, y eficaces, de aplicacion inmediata y fecunda, en el desenvolvimiento de la triple actividad humana; ya que no es cosa pública y absoluta, sino privada y relativa, sujeta á las mil peripecias é incidentes que envuelven los tiempos y circunstancias en que se encuentra; ya que carece de término racional, de utilidad provechosa y civilizadora, y está falto de significacion y prestigio, queremos al menos que tenga el vulgar y pobre objeto de distraer nuestra cansada fantasia. Y en justa compensacion, hemos dado al teatro moderno todo el acopio de poder y fuerza de sentimiento, que con notable perjuicio nuestro, hemos sustraído á la inteligencia.

Nosotros los modernos bogamos, viento en popa, en el anchó mar del sentimentalismo.

¿Se dirá acaso, porque para todo existen objeciones, que si, dada la posibilidad material de llevarlo á cabo, hubiesen subido á las tablas, en Atenas, mujeres dotadas de un conjunto de prendas tan relevantes como las que se unian en Neera, Pitonice, Aspasia, Lais, Lactenia, Teodata, Friné, Glicerá, Gnatene y otras, se dirá acaso que los atenienses, insensibles á tantos atractivos, hubiesen disminuido su afición al teatro, por aquello de tomar parte en él un ser tan indignamente clasificado como objeto de lujo y comodidad? No podemos creerlo.

Un pueblo tan galante, tan culto é ilustrado como el ateniense, que con tan esquisita delicadeza trataba á las damas, no se hubiese á buen seguro enojado de su aparicion en la escena, sacrificando de este modo sus sentimientos de gusto y belleza á la estéril abstraccion de sus ideas filosóficas y políticas.

El que aquel teatro solo se refiriese al hombre público, al ciudadano, al hombre legal, en sus relaciones con la patria y sociedad, no implica la negacion absoluta de todo afecto noble, de todo impulso elevado y digno del corazon.

Y nuestra opinion afirmativa adquiere mayores grados de fuerza, al considerar la época en que los atenienses hubiesen tenido ocasion de apreciar lo que valia en la escena la presencia de la mujer.

El siglo de oro de Péricles, en que florecieron los ingenios dramáticos de que venimos hablando, fué el siglo de oro del sexo femenino en Atenas. En esta ciudad se reproducia entonces el fenómeno que mas tarde se reprodujo en Constantinopla, en los últimos días del imperio de Oriente; en Roma en los siglos X y XVI; en Paris en los famosos tiempos de Luis XIV y Luis XV; y en nuestra actual capital de la monarquía española, en los muy pobres de Felipe IV y Felipe V, esto es, en el reinado de las mujeres. Aspasia, Zoé, Teodora, Lucrecia Borgia, la Vallière, la Montespan, la Du Barry, la Pompadour, la bella Calderona y la princesa de los Urtinos, son nombres que revelan, en sus respectivos paises, una época gloriosa para el sexo que representan.

En Atenas, los salones de las célebres bellezas ya mencionadas eran el punto de reunion, el *rendez-vous* adonde con galante afán acudían presurosas todas las altas reputaciones contemporáneas: veíanse allí congregados, arrastrando los últimos restos de una virtud moribunda á los pies de una mujer que les vendia sus caricias, magistrados, generales, literatos, artistas, filósofos, poetas, senadores, y demás altos personajes de aquella culta sociedad. Espléndidos festines, conversaciones llenas de un esquisito perfume de galantería, alegres danzas y cantos cuyo lirico desorden se perdía en las abrasadoras regiones del amor, lectura y apreciacion literaria de aquellos poetas de fácil imaginacion que se habian mostrado menos casuales en motivos morales; hé aquí las amenas ocupaciones de estas *soirées* aristocráticas.

Veáse pues el muy importante papel que desempeñaban en aquella sociedad las mujeres, y en vista de esto dedúzcase cuán bien encaminados nos hallamos al sostener que estas, si posible hubiese sido, no hubiesen desmerecido del concepto que tenían entre los atenienses, al tomar en la escena el carácter de actrices.

La ventaja que nuestro moderno teatro lleva al antiguo, de tener actores que por su expresion natural, traduzcan bien ó mal, que lo último sucede con mayor frecuencia, pero que al fin traduzcan á su modo,

y de un modo directo los pensamientos y afectos que lleva consigo el tema de la accion teatral, cosa que por lo regular y en razon á la natural flexibilidad del carácter femenino, sobresalen las mujeres, al menos las españolas, esta ventaja que afecta exclusivamente á la ilusion del sentimiento, está compensada por un defecto notable que es el de herir de muerte la ilusion intelectual, razonada, filosófica. La ventaja y defecto de que hablamos, se encuentra, sin necesidad de explicarlo, en razon directa, en analogía rigurosa con el carácter y tendencias de ambos teatros.

Nosotros no osamos, sin tener la conciencia de que cometemos un crimen de lesa moralidad, separar el corazon de la inteligencia, el sentimiento de la idea: que en ello estriban, la originalidad, la santidad y excelencia de nuestro arte. Los antiguos solo contaron con la idea, solo se atuvieron á ella: el satisfacer sus naturales exigencias, fué la constante mira, el bello ideal de sus ciencias y artes. Hombres de fibra fuerte y vigorosa, dejaron al corazon debilitarse, consumirse, deshacerse, en ocio vano, estéril, imponente.

El actor moderno, por mas que suelte su rostro á las tiránicas exigencias de tiempos y circunstancias, por mas que obligue al traje obediente á que imprima á su persona el sello de la época en que pasa la accion, no puede impedir que nos descubra la faz amiga, indiferente ó antipática de D. Fulano de tal, cuya genealogia y aventuras conocemos y sabemos mejor que el catecismo: porque segun parece, el tener abundancia de datos biográficos acerca de los señores y damas que suben á las tablas, constituye entre los elegantes eruditos modernos, una de las condiciones de buena educacion social. Esto como se ve, solo puede crear una ilusion artistica en el terreno del sentimiento.

Veis á ese actor con calzas de terciopelo carmesí, zapatos de raso con alto tacón encarnado, jubón de belarte, capa lombarda con alto collar, anchas lechuguillas, sombrero de fieltro con trenzas de seda y oro, y ancha pluma que ondea graciosa, barba larga y pelo cortado, y espada pendiente de un rico guadamacil; pues bien, ese actor, que hace de D. Sancho Ortiz de las Roelas, en la *Estrella de Sevilla* de Lope, es D. N. de N., que á todos nos es muy conocido.

Veis ahora á esa otra dama, que lleva saya de grana á la francesa con tiras de seda, manto de terciopelo, cofia á la portuguesa, manillas de esmalte, ceñidor de oro, collar de gruesas perlas y ricos zarzillos de aljofar; pues esa dama que hace de Leonor en la comedia de Montalban, *Lo que son juicios del cielo*, se llama doña L. de L., cuya aventurera vida está ya escrita en los almanaques cómicos.

Veis á ese otro actor tan lujosamente vestido, con multitud de adornos en el trage, con bolillos, randas, cadenillas, pasadillos, abollados de plata y oro falso, bohemio de seda, calzas acuchilladas, rica golilla, sombrero guarnecido de cadenas, cintillos de oro, camafos y perlas, zapatos con varillas doradas, claveteadas con diamantes, talabarte con caireles y pasamanos de plata, gran mostacho y larga perilla, que hace de galán enamorado, de D. Juan que corteja y requiebra á doña Violante en la *Villana de Vallecas* de Tirso, pues es D. X de X, cuya vida y milagros de nadie es ignorada.

No reparais, en fin, en esa dama que en el *Exámen de maridos*, de Alarcon, hace el papel de doña Inés, y está muy apuesta y emperregilada con basquiña de paño frisado, con guardainfantes, ó verdugados y pollera, con almirante y duque, con patena, joyel y ajorca, mangas de punto de aguja, tocado con cabos de oro, chapines con varillas del mismo metal, y cosas lujosas por el estilo y segun la antigua usanza española del siglo XVII, y que no siempre ha sido actriz, sino que ha ejercido la profesion, que segun el pícaro Quevedo ejercen las mujeres que se casan con zapateros:

Solo se casa ya algun zapatero  
Porque á la obra ayudan las mujeres.  
Y ellas ganan con . . . . .

no lo decimos de puro malo. Pues esa elegante dama, cuyos antecedentes nos son ya tan familiares, es doña H. de H., que dicen es mujer de un amigo intimo de su marido.

Y en los tiempos actuales ese jóven actor que hace de *Floridor* en la comedia de Delavigne *Les Comédiens*, vestido á la última moda francesa de 1824, frac-cola de pescado: pantalon ancho á la prusiana: zapato punteagudo á lo Luis XIV: chaleco blanco á los Robespierre: corbata-Richelieu, sombrero-tres-por-ciento, pelo Carlos X pegado á la frente, y patilla cortada á lo Guiche, ese es don R. T., descendiente por linea recta de Bonnet ó de Dumas, actores afamados del primer tiempo napoleónico.

Figurémonos ahora otro actor que hace de Agamemnon, en la tragedia de este título de Esquilo, montado, que así puede decirse, sobre unos coturnos de cuatro á cinco pulgadas de alto que alcanzan una tercera parte mas su natural talla: un actor cuyas restantes proporciones corporales están igualmente aumentadas por un mecanismo artificial: con una carátula que le dá un aire altamente trágico, que aumenta su robusta voz por medio de una série de láminas de bronce en la parte in-



terior que figura la boca, llevando el suntuoso traje de rey con imponente majestad: pues ese actor ni sabemos quién es, ni cómo se llama. No es ni Neoptolemo, ni Sítiro, ni Golo, ni Teodoro, ni Polo, ni Aristodemo, ni Eubelo, ni otro cualquiera. Quizás sea el mismo Esquilo tomando parte en la representación de su obra. Fenómeno muy frecuente entre aquellos dramáticos, que se repitió en Roma con Puppilio y Silvio Andrónico, que se ha reproducido en los tiempos medios y modernos con Juan de la Encina, Lope de Rueda, Pedro Navarro, Alonso de la Vega, Moliere y otros, y que aun se reproduce, aunque raras veces, entre nosotros.

El rostro artificial de ese actor es semejante, idéntico, al del mismo Agamemnon: ha sido hecho por el artista mas hábil de Atenas bajo la dirección inteligente del poeta. Ese actor es todo un personaje histórico con sus pelos y señales. Si el mismo rey de Micenas se levantase de su tumba, dudaría de si algun otro mortal habia usurpado su régia persona. La ilusión es plena, completa. La inteligencia vé, examina y confirma la realidad del personaje. El teatro ateniense obra con severa lógica, y clara deducción en el terreno artístico en que se ha colocado. Consecuente se dirige á la imitación exacta, cumplida mejor dicho á la copia y calco de la naturaleza, á lo que instruye y persuade; á la idea real, filosófica, matemática, que se encamina al entendimiento para satisfacer su ansiedad, con todo el lleno de condiciones indispensables. Si de esta abstracta esfera baja al sentimiento, al corazón, enhorabuena, será bien recibida quizás; si permanece inmóvil, aislada, independiente, en su morada puramente intelectual, este no se enojará de ello. Que en el arte antiguo, la inteligencia y el corazón no están unidos en perfecta amistad como Pilades y Orestes. *Cada ermitaño pida para su ermita.*

Vemos pues que el carácter artístico que tienen los actores en el teatro de Atenas está en perfecta armonía con el que hemos visto tenían el local y las decoraciones.

Señalaremos para concluir una diferencia notable entre los actores atenienses, los romanos y los de la edad media. Entre los romanos ya hemos visto como gozaban de muy pocas simpatías. Los jurisconsultos Juliano, Ulpiano y otros colocaban, en primer término, entre las personas notadas de infamia por las leyes á «aquellos que salieren á la escena á ejecutar arte baja ó á recitar»: *Qui artis ludicra*, etc.

En la edad media, ya dijimos como los Concilios, los teólogos y los juristas, los obispos y los reyes, los frailes y los curas, se habian armado para hacer cruda, é incesante guerra á esta gente de alegre vivir. Sabido es el dicho de san Agustín sobre la incompatibilidad de la hombría de bien con la profesion de cómico. ¿Pues qué acaso el diablo se ha hecho cristiano? Solo el buen Santo Tomás de Aquino, toma la defensa de estos, y les envia algunas palabras de consuelo que citaremos para descanso y tranquilidad de ánimo de los que timoratos y melancólicos fueren en esta materia. Dice así este doctísimo varón. «Y por tanto acerca de los juegos puede haber aquella virtud que el filósofo llama *eutropia*: y uno se llama *eutropeto* por el buen uso ó conversión: esto es, porque convierte bien algunos dichos ó hechos en recreo.»

En los tiempos modernos desde la María Riquelme, la Petronila Jibaja, la María, Lavenant, la Baltasara, la Calderona, de quien todo el mundo sabe la famosa cuarteta de

Un fraile y una corona  
un duque y un cartelista, etc.

hasta la Rita Luna, Maíquez, Caprara, Carretero, Latorre y otros, la posición social de los cómicos desde las ínfimas gradas de la escala social, en que yacía perdida, olvidada, cubierta por el lodo que al pasar e arrojaban sus altivos despreciadores, ha ido elevándose, y merced á sus virtudes y talentos, á una altura en la cual los contemplamos respetuosos.

Los actores contemporáneos son ya mas que simples particulares confundiendo su mezquina individualidad en la esfera comun en que nosotros nos agitamos humildes. Son unas verdaderas ilustraciones, unas notabilidades de la época. Hoy vemos vetustos al par que gloriosos blasones, pretender enlazar sus orgullosos timbres, á los que una serie de inolvidables triunfos escénicos ha conquistado brillantes á los artistas.

De reputación parecida, que no del todo igual, gozaron en Atenas estas notabilidades escénicas. El actor Eubelo decia á Dionisio el Tirano, personaje muy parecido á Tiberio, á Pedro el Cruel ó á Luis XI, verdades que no hubiera condescendido en oír, á buen seguro, de boca de otro cualquiera.

Aristodemo fué embajador de Atenas cerca del rey Filipo de Macedonia. Y á este tenor podríamos citar mil datos históricos acerca de lo bien vista que era esta profesion y de las consideraciones que los cómicos mas notables arrastraban en pos de sí.

Y si hoy hemos presenciado el hecho, altamente ridiculo, de que

se haya dado á una famosa cantatriz la suma de 10,000 rs. vn. cada noche que ha salido á las tablas, tambien los atenienses, en esto tan débiles de espíritu como nosotros, presenciaron el de que se contase al actor Polo, un talento ático, esto es, 21,600 rs. por solo dos representaciones.

Hé aqui, pues, la parte histórica de lo que se refiere á los actores en el teatro ateniense, y que es como desde luego se deduce, aquello sobre lo cual debia versar el presente artículo.

ANTONIO DE AQUINO.

## SI YO FUERA RICO!

(Conclusión.)

Hasta este momento no habia visto á la entrada de la sala un hombre de fisonomía severa que con los brazos cruzados parecia contemplar aquella escena con aire de piedad.

—¿Qué haces ahí? le dijo Ali con voz conmovida.

La presencia de aquel hombre que creia haber visto ya en alguna otra parte, habia excitado en su alma una turbación que no pudo dominar al pronto.

—Admiro, respondió el extranjero, la complacencia de estos señores y tu locura. ¿No te avergüenzas de pasar tu vida en medio del fausto, rodeado de viles disolutas é infames aduladores? Abre los ojos; créeme; aun es tiempo. Cesa de disipar tus riquezas en prodigalidades que no son útiles ni á tu país ni á tí mismo: no te dejes embriagar por el acento mentiroso de un poeta parásito, y no deposites en sus ávidas manos el suntuoso anillo que aseguraria el porvenir de una familia. Reforma tu método de vida si no quieres que Dios en su justa cólera te prive de una fortuna que te concedió para que hicieras de ella un uso mas noble.

Ali, herido en su orgullo, palidecia y se ruborizaba á un mismo tiempo, y cediendo bien pronto á los malos sentimientos que le agitaban, se levantó ébrio de cólera con la vista inflamada y exclamó:

—Que echen ignominiosamente á ese insolente que se atreve á darme consejos.

Todos los convidados se asociaron á la indignación de Ali, y prorumpieron en amenazas y furibundas exclamaciones.

Los esclavos se lanzaron á la puerta para ejecutar la orden de su amo; pero el extranjero ya habia desaparecido.

### IV.

Un día en que Ali, rodeado de sus amigos y seguido de sus esclavos, salia de la mezquita adonde habia ido á hacer alarde de su lujo, mas bien que de su piedad, un anciano de aspecto respetable y cuya barba le llegaba á la cintura, su acercó á él con mucho afán y le dijo:

—¿No sois un caballero llamado Ali?

—El mismo, respondió Ali, disgustado de verse detenido por un hombre groseramente vestido y á quien no acompañaba ningun criado; que me quereis? Sed breve; estoy de prisa.

Pero sin cuidarse de esta advertencia, el anciano empezó á dar las pruebas mas marcadas de su alegría.

—Bendito sea el cielo! exclamó; Dios ha tenido á bien bendecir la perseverancia de mis pesquisas; héme aquí delante del que ha de ser el apoyo de mi vejez, el consuelo de mis últimos momentos; le estoy viendo... hablando... le puedo estrechar en mis brazos.

Y echándose al cuello de Ali, le abrazó repetidas veces.

—¿Qué significa este acceso de ternura que no comprendo? le dice este procurando desasirse; pongamos fin á una escena tan inexplicable como ridicula.

—Verdad es, replica el anciano, que la alegría de verte ha turbado mi razon, y que en esta ocasion no me he conducido con la prudencia que conviene á mi edad. Aun estabas en la cuna, cuando abandonando mi país natal, me embarqué para un largo viaje que hasta hoy no he concluido; nada tiene de extraño que no me hayas reconocido, y que me recibas con tanta frialdad; la culpa es mia, que debia haber empezado por decirte quién soy. Perdóname esta falta y disipa las nubes de tu frente; entrégate sin ningun recelo á la alegría que te debe inspirar mi presencia; no soy para tí un extraño; puedes responder con efusion á los abrazos del hermano de tu padre.

Un número considerable de curiosos se habia agrupado delante de la puerta de la mezquita; la inquietud de Ali crecia á cada instante con el número de los espectadores; al pronto se le ocurrió la idea de calificar de loco al anciano y de negar que existiese entre ellos ninguna clase de parentesco. Pero la posibilidad de ser confundido delante de todo el



mundo hizo que le faltase valor. Entre tanto se apercibió su duda; empezóse á extrañar la multitud, le acusaba de ingrato, y aun se levantaban algunos murmullos, cuando Ali tomó resueltamente su partido, estrechó entre sus brazos al anciano exclamando:

—Venid, mi querido tío, seguidme á mi palacio que desde hoy será el vuestro; deseo vivamente escuchar de vuestros labios la relacion de los sucesos que os han reducido á un estado tan poco digno de vuestro nacimiento y de vuestras virtudes.

Al volver Ali á su habitacion dió orden de que le dejasen solo con el anciano, y empezó á darle marcadas pruebas de cariño y de respeto. Una transicion tan brusca no podía menos de escitar la desconfianza de este; y así que, tomando la iniciativa y mirando á Ali cara á cara le dijo con una voz irónica:

—¿Tienes que pedirme algun favor?

Ali bajó los ojos bajo el peso de una mirada, cuyo poder le parecía que no era la primera vez que había sentido.

—El mundo, querido tío, está lleno de envidiosos y perversos: mis riquezas me han granjeado muchos enemigos; no soy mejor mirado por los pobres, que no pueden acostumbrarse á reconocerme por superior,

que por los ricos que rehusan admitirme como un igual. Los unos dicen que tengo un orgullo impropio de mi origen; los otros, que la ridicula exageracion de mis maneras es una prueba de la baja condicion de que he salido... La posicion no es á la verdad muy segura, prosiguió Ali balanceando: hace mucho tiempo que estoy buscando un medio seguro de salir de ella y creo haberle encontrado; tengo preparado el terreno; he hecho circular entre el pueblo rumores misteriosos: vuestra llegada es una ocasion maravillosa para dar un golpe seguro: ¿rehusareis, mi querido tío, á asegurar mi tranquilidad y mi dicha imponiendo silencio á la envidia y la maledicencia?

El anciano no respondió: seguia escuchando.

Ali continuó.

—Comprendereis que despues de semejante servicio seremos inseparables; mi palacio, mi tesoro, mis esclavos serán vuestros tambien.

El anciano continuó mirándole en silencio; deseaba que continuase.

Ali prosiguió:

—Tengo veinticinco años, y hace veinticuatro que nuestra familia, acosada por el hambre, segun me contó mas de una vez mi padre antes de su muerte emigró de Bassorá para venir á establecerse á



(Contrabandista del Pirineo.)

Bagdad. En esta misma época Dhaer, sultan de Cachemira, fué vencido por Abas, que le mató y se apoderó del trono. De toda la familia de Dhaer degollado por el vencedor (segun se acostumbraba en aquella época) solo se salvó su hijo Selim, jóven príncipe de algunos meses, y su hermano Abdallah, que en el día tendria vuestra edad. Abas practicó las mayores diligencias para buscarlos pero todas fueron inútiles, y desde entonces jamás se ha oido hablar de estos dos ilustres fugitivos.

Ni una palabra salió de los labios del anciano: continuaba siempre escuchando.

Ali se vió en la precision de manifestar todo su pensamiento, sin que nadie le ayudara.

—Selim fué confiado por su tío á un artesano, que tuvo la feliz idea para conservar la vida del jóven príncipe de llevarle á Bagdad adonde le hizo pasar por hijo suyo. Abdallah, temiendo ser reconocido mas pronto ó mas tarde por los espías de Abas, se embarcó para países lejanos con el traje de simple artesano. Hoy el sanguinario Abas ha muerto; su sucesor es un príncipe de costumbres apacibles y virtuosas; Abdallah y Selim no tienen ya interés en ocultarse, podemos procla-

mar abiertamente en toda la villa de Bagdad nuestros nombres; yo soy Selim, vos Abdallah.

Al llegar aquí, lanzando Ali una mirada terrible:

—Esperaba esta conclusion, miserable, orgulloso. ¡Las riquezas han pervertido hasta tal punto tu corazon, que quisieras arrancar del libro de tu vida las páginas de lo pasado! La oscuridad de tu nacimiento te abochorna: ¡te avergüenzas de tu padre el alfarero! ¡de tu tío el artesano! ¡quieres á todo trance levantar un pedestal para elevarte! ¡tu tío vive! y quieres hacer de él un príncipe! ¡tu padre ha muerto y reniegas de su nombre! ¡Adios! aun eres jóven, y puede que algun día te arrepientas!

V.

La impresion que hizo esta escena en el ánimo de Ali no fué de larga duracion: se borró tan pronto como el anciano desapareció el mismo día de Bagdad, sin que le fuese posible saber lo que había sido de él.

Ali continuó pues sin escrúpulo en los malos instintos que la habian hecho ya cometer tantas faltas.



Una noche, despues de una orgía en que acababan de tomar parte veinte jóvenes de los mas nombrados entre los mas disipados y mas pródigos de Bagdad, Ali hizo una seña á sus esclavos: estos salieron de la habitacion, y no tardaron en volver trayendo los unos á una joven cubierta con un velo y un caballo árabe de magnífica estampa, los otros un gran número de objetos artísticos, de ricos vestidos, de joyas y pedrerías.

A su vista la admiracion general se manifestó con estrepitosas exclamaciones.

—Estas son mis compras de por la mañana, dijo Ali tendiendo á sus amigos una ojeada llena de orgullo.

En seguida, dirigiéndose á cada uno de ellos:

—Te gusta en extremo, Niser, recorrer el espacio sobre un caballo de ojo de fuego que hienda el aire con la rapidéz de una flecha y no deje señaladas sus nuellas. Toma este caballo; para tí le habia destinado mi amistad.

A tí, Ibben, te reservo esta joven esclava circasiana: es bellísima; su canto es suave, y baila con mucho primor; puede combatir y vencer la ponzoña del fastidio que se apoderó de tu corazón.

Mirza, para tí es este ropaje de brocado y oro. Acepta, mi querido Gunchid, este puñal y este sable, obra maestra del espadero de mas fama de Damasco. A Rustan este broche de zafiro. A tí, Rica, este collar.

Y cuando cada uno de los amigos de Ali hubo recibido su presente, esclamaron todos:

Viva Ali el generoso!

Una voz quebrada y temblona repitió:

Dios conserve los dias de Ali el magnífico!

Esta voz era la de un venerable sacerdote que se adelantó lentamente por medio de la sala diciendo:

—Dios altísimo! Dios altísimo! Dios altísimo! Aseguro que no hay mas que un Dios y que Mahoma es su profeta.

¿Qué me quereis? le preguntó Ali con un tono muy brusco.

No tenemos, respondió el monje, ni piedras ni cimientos; los obreros no quieren trabajar hasta que les aseguremos su salario; y el templo que levantamos al Altísimo se quedará sin concluir, si el favor de los verdaderos creyentes no nos ayuda.

—¿Y qué me importa, les contestó Ali, que haya un templo mas ó



(El lagar.)

menos? ¡Pues me gusta el motivo que habeis tenido para venir á interrumpirnos en medio de nuestros placeres! Vamos, viejo importuno, salid.

Pero el sacerdote no se movió, y con una voz que parecia adquirir fuerza segun iba hablando:

—Ali, dijo, el impío que se muestra pródigo con el vicio y avaro con Dios, no es digno de ser rico.

Un murmullo acogió las palabras del monje, que prosiguió: Ali el orgulloso que se avergüenza de sus parientes y reniega del nombre de su padre, no merece ser rico. El murmullo iba en aumento, pero la voz del monje le dominaba.

Ali, el insensato que recompensa al adulator y arroja de su presencia al amigo sincero, no merece ser rico.

Al llegar aquí estalló una explosion de gritos y de cólera: el monje no se ocupó de ello; únicamente alzó mucho mas la voz.

Ali que se regocija en gastos supérfluos y rehusa dar un óbolo al desgraciado que carece de lo necesario, no merece ser rico.

Entonces todos se levantaron para arrojar de la sala al monje. Pero este, despojándose y dejando caer á sus piés el traje de monje, dió un paso hácia los concurrentes.

Ali cayó como petrificado en su asiento; era la misma mirada que tres veces distintas habia turbado su corazón.

Sus amigos no pensaban ya en hacer alarde de su celo y de su cariño; estaban prosternados con los ojos fijos en el suelo.

El monje era el que habia dicho, siguiendo á Ali, pobre obrero de alfarería: este joven desea vivamente ser rico, y lo será: era el comerciante; era el rudo consejero; era el que se fingió tio de Ali: en una palabra, era el ilustre jefe de los creyentes, el califa Haroun-Al-Raschid.

—Ali, dijo el califa, si hubieras salido victorioso de la prueba á que te he sometido, te reservaba un elevado puesto al lado de mi persona: has hecho mal uso de los bienes de que yo te habia colmado, y te los quito. Esclavos, quitadle sus ricos vestidos, ponedle los antiguos, y que se quite de mi presencia.

Las órdenes de Havoun fueron ejecutadas, y Ali fué llevado á la habitacion que ocupaba antes de su opulencia.

Pero semejante golpe era superior á sus fuerzas: al dia siguiente le encontraron ahorcado á la entrada de un bosque inmediato á Bagdad.



## UN CONCIERTO MONSTRUOSO EN 1615.

Las grandes fiestas musicales son muy comunes en el día, y cuentan ya mas de dos siglos de existencia, segun el *Abondade*, que describe un concierto monstruoso dado en 15 de julio de 1615 en Dresde por orden del elector Juan Jorge de Sajonia.

Este concierto era el episodio de Holofernes: la letra fue escrita por *Matheseus Plautenkern*, y compuesta la música por el chantre de la corte Hilario Grundmaus. El elector quedó tan satisfecho del programa del compositor, que le regaló cinco toneles de cerveza, con encargo particular de que nada escaseara.

Todos los artistas de Alemania, de Helvecia, del pais de Vaud, de la Polonia y de la Italia, fueron invitados á tomar parte con sus discípulos en la gigantesca fiesta musical de Dresde, donde, desde el 9 de julio de 1615, día de San Cirilo, se hallaban reunidos 576 instrumentos y 919 coristas, sin contar los aficionados de Dresde.

Los instrumentistas llegaron armados de piés á cabeza con todos los instrumentos conocidos en aquella época y con otros muchos de nueva invención nunca vistos en Dresde. Un tal Rapotzky, de Cracovia, llevó en un carro tirado por ocho mulas una verdadera máquina de guerra musical, un enorme contrabajo que tenía siete anas de alto. El artista de Cracovia había adoptado muy ingeniosamente para su instrumento una escalera que le permitía dar vueltas desde la punta del mango hasta la puentecilla de su contrabajo, pasando su arco por las tres cuerdas (probablemente otros tantos cables de nave). Un estudiante de Witemberg llamado Rumpel se había encargado de cantar la parte de Holofernes, con la condicion de poder entrar en voz en la taberna humedeciendo su gaznate de artista con un mar de cerveza á costa del ordenador de la fiesta.

Tomadas todas las disposiciones, y llegado el día tan deseado, todos los artistas ocuparon sus respectivos puestos: la orquesta estaba colocada al lado de un bosquecillo; todas las colinas inmediatas estaban coronadas de espectadores que habían acudido hasta de los paises mas remotos para disfrutar de tan original como atronadora armonía. Y temiendo que el bajo de Rapotzky no dominase bastante los instrumentos y las voces, el chantre Grundmaus inventó otro, que encontró en el mismo sitio, en forma de molino de viento, entre cuyas aspas colocó gruesos cables, que cuatro artistas situados en los ángulos se encargaron de hacer roncar, frotáudoles con un gran pedazo de madera dentellado.

A un lado de la orquesta había un gran-órgano cuyas teclas agitaba á puñetazos el padre Serapion, y para timbales, en reemplazo de una caldera de cervetero, que el chantre Grundmaus había creído de mucho efecto, hizo colocar el elector algunas bombardas, cargadas por el polvorista de la corte, que las disparó segun requeria la partitura.

La ejecucion produjo un efecto mágico. La *prima donna* Bigazzi, de Milan, se distinguió por los gorgoritos que en abundancia hizo, pero se esforzó en tanta demasia, que espiró tres dias despues del concierto.

El primer violinista de la época, Juan Scioppo de Cremona, ejecutó con el instrumento á la espalda varias piezas concertantes. El estudiante Rumpel cantó una ária obligada del contrabajo Rapotzky que hizo temblar las colinas, y el final se hizo con tanta verdad, que los cantores extranjeros que figuraban los asirios fugitivos, y los coristas de Dresde, que eran los israelitas vencedores, trabaron, en medio del paroxismo de su artistico delirio, un combate á pedradas, que hizo reir extraordinariamente al elector, el cual tuvo que emplear la fuerza armada á fin de evitar que el campo quedara cubierto de cadáveres. El chantre de la corte fué gratificado por el elector con un barril de *Niersteiner* y 30 florines del pais por el celo con que había organizado el concierto, y por el maravilloso éxito que este había tenido.

## EL CABALLERO BANDA AZUL.

## PARTE PRIMERA.

(Continuacion.)

Tambien á su vez el caballero revistó el semblante del anacoreta, y á su vez tambien palideció al reconocer sin duda al hombre que estaba oculto por el burdo ropón; y si bien el guerrero supo reprimir mejor los pensamientos que allá en su interior podian haber nacido con el descuidamiento que acabara de hacer, ya no mostró en su rostro aquella natural tranquilidad que tenia al despojarse de su equipo militar.

Ya fuese por la mútua desconfianza que estos dos hombres se tenían;

bien que el anacoreta temiese el valor del jóven que estaba á su lado, y que éste como buen caballero no quisiera pagar con una felonía la hospitalidad que se le otorgara, lo cierto es que durante la preparacion de la cena y despues de esta no entablaron conversacion alguna que pudiera hacer estallar el volcan que cada cual en su pecho encerraba.

Era lo mas natural que el ermitaño hubiera tratado de preguntar é indagar la vida misteriosa del jóven que llevaba sobre su sayo de terciopelo una *Banda Azul*, así como el caballero tuviese curiosidad de preguntar las causas que habían impelido al anacoreta á retirarse á aquellos desiertos: sin embargo, en medio de una dilatada noche de invierno que pasaron juntos, y á pesar de la confianza que el hospedaje debiera dispensar, nada se preguntaron mutuamente, y lo frio de sus cortos diálogos demostraba que procuraban ocultarse uno á otro narraciones de compromiso, cuyo desenlace había de ser trágico y espantoso.

—Hermano, dijo el anacoreta luego que terminada la cena hubo recogido los manteles de la mesa, en ese cuartito de la derecha podesis descansar, interin yo, segun mi inalterable costumbre, voy á orar por vivos y muertos.

—Está bien, santo varon, contestó *Banda Azul* disimulando su enojo y atusando con su mano derecha su bigote para ocultar de este modo la sarcástica sonrisa que brillara en sus labios ante la hipocrita conducta del compañero. Yo, hermano, prosiguió, os acompañaria gustoso, pero seria interrumpir vuestras santas meditaciones.

Acto continuo tomó sus armas y demás pertrechos del estacon donde los colgara, y se entró en el cuarto que le había señalado el cenobita. Este tomó el sucio farolillo que había sobre la mesa, y por un estrecho callejon se encaminó al templo: allí con velocidad suma se desprendió de su tosco sayal, y sacando de un armario un colete de ante, unas calzas azules, un largo puñal y una ordinaria gorra de pieles, se las colocó en su cuerpo, y abriendo la puerta de la ermita que cerró por fuera, se deslizó como un gamo camino de Maqueda, adonde llegó á la media hora no cabal. Recibido por D. Nuño, le manifestó que el matador de Hernan Carrillo estaba en su albergue, y despues de asegurar presentaria al amanecer la cabeza de *Banda Azul*, tornó á su hueronera para llevar á cabo el infernal plan que había concebido y la promesa que acabara de hacer. D. Nuño, como ya saben nuestros lectores, había marchado al salon gótico para comunicár tan felice nueva á Sancho Perez y demas personajes que le acompañaran.

## PRUEBASE QUE QUIEN MAL ANDA MAL ACABA.

Luego que *Banda Azul* penetró en la especie de celda que se le destinara para dormitorio, su primer cuidado fué hacer un registro en la habitacion con objeto de investigar si puertas secretas en las paredes podian proporcionar á su contrario vengarse á salvo de la daga del jóven caballero. Convencido por el escrupuloso registro que acabara de hacer de que solo por la puerta principal había de ser atacado, colocadas sus armas al lado mas opuesto por donde llegaria su enemigo, se colocó bajo de su sayo una cota de mallá que frustrase cualquier traidor intento del cenobita. En seguida depositó su daga de puño de plata en la almohada, y vestido como llevamos dicho se arrojó en el miserable lecho que se le había deparado, no con el objeto de entregarse al sueño, sino de velar interin sus miembros se desentumecian de marchas y contramarchas que habían durado muchas horas.

La oracion del ermitaño se prolongaba demasiado... Otro de un corazon pusilánime y no de bronce cual el que palpitaba serenamente bajo la cota de mallá del caballero, habria sálido de aquel aposento para estar á la observacion de las maniobras de su adversario; pero *Banda Azul*, si bien con el ojo avizor, estaba tendido en la cama con la mayor tranquilidad y sangre fria haciendo para si las siguientes reflexiones:

—Malvado!... estás en la creencia de que no te he conocido bajo de ese burdo sayon y larga barba!... Cobardel... esperas sin duda asesinar me cuando esté entregado al sueño!... ¡Infeliz de tí si ese es tu plan!... Y observando las leyes de la caballeria sabré respetarte en tu asilo y en el cual me has concedido abrigo por una noche; pero si faltas á la hospitalidad, *tu hora ha sonado*... y esto diciendo así maquinalmente el blanco puño de su punzante daga.

Los presentimientos del caballero iban á convertirse en espantosa realidad, porque á muy poco percibió á la inmediacion de la puerta el leve pisar de las sandalias del anacoreta. *Banda Azul* se preparó á una lucha que debía terminar con la muerte de uno de los dos, y para acabar de convencerse de los intentos bastardos de su enemigo, exhaló algunas aspiraciones propias de un hombre que doerme profundamente.

Si en este momento hubiera sido posible iluminar de repente por medio de una luz artificial aquel aposento oscuro, hubiéramos visto la feroz alegría que brillara en el rostro y pupilas del asesino, que creia dar un golpe seguro y mortal, á la par que en el simpático y varonil semblante de *Banda Azul* se mostraria toda la indignacion de una



alma noble que espiaba los movimientos del reptil que se le aproximaba.

Cuando el cenobita, guiado por las aspiraciones del caballero, juzgó estar al alcance de su víctima, cual se lanza el tigre sobre la descuidada presa, así puñal en mano se arrojó el ermitaño sobre el bien prevenido *Banda Azul*.

Un doloroso y... resonó, y todo quedó en silencio por un segundo: después un cuerpo rodaba por el solar de la celda, mientras uno de los combatientes de aquella lucha á muerte y ejecutada en una inmensa oscuridad, se dirigió á la cocinita para tomar el farolillo que lucía sobre la mesa. Acto continuo regresó al aposento, en el cual y á la luz del farol se descubría al anacoreta que revolcándose en su propia sangre lanzaba los últimos gemidos de un mal herido pecho.

*Banda Azul* reconoció en seguida la oreja izquierda del moribundo, y exclamó:

—El es!... *Quien mal anda mal acaba*.

En el acto mismo limpió con la ropa de la cama su daga bañada en sangre, tomó sus arreos militares, y se dirigió á la caballeriza, en donde el fogoso corcel saludó con un relincho á su querido ginete.

—*Hola Cartaginés!* me felicitas por mi victoria! dijo el caballero acariciando al bruto que pertrechaba.. Ya sabes que nadie ultraja á tu amo impunemente.

## SEGUNDA PARTE.

PERO MARTIN.

Luego que las doncellas de Clotilde despojaron á su señora de su traje y colocaron sobre sus hombros una gran bata de raso azul con entredoses y listones de brocado, salieron del gabinete para retirarse á descansar, interin la hija de Sancho Perez, sentada al calor de una chimenea, esperaba, unas veces pensativa y las mas inquieta, la llegada de su dueña, que habia salido segundos antes de partir las doncellas.

—Señorita, dijo al fin doña Beatriz abriendo la pintada mampara y asomando la mitad del cuerpo, Pero Martin aguarda vuestras órdenes.

—Entrad, contestó Clotilde, abrochando sobre los púdicos encantos de su seno virginal su larga bata.

Pero Martin entró en el gabinete, dió algunos pasos hácia Clotilde, y se detuvo respetuosamente á cierta distancia; la dueña doña Beatriz, obediendo á una indicacion de su señorita, tomó asiento frente á esta y á un lado de la chimenea. En este momento el reloj del castillo anunció la una.

Era Pero Martin un hombre de cincuenta años, que habia acompañado á su señor en sus dias de felicidad y de amargura. Mensajero de amores con la difunta mamá de Clotilde y de Sancho Perez, habia estado tambien á su lado en las dilatadas campañas del marqués. Este profesaba á su fiel y antiguo servidor un gran afecto, por lo cual en la actualidad Pero Martin disfrutaba, á mas de una vida cómoda y tranquila, cierta preponderancia sobre toda la servidumbre de Sancho Perez, y cuando la caza le dejaba libre algunas horas del día ó de la noche, las pasaba en narrar sus proezas militares, que escuchaban con gusto los guerreros de Maqueda. Clotilde tambien no pocas veces se entretenia agradablemente en oírle referir las campañas del veterano, quien dotado de cierta gracia en el decir, solia mezclar en sus relatos algun alegre acontecimiento ó anécdota de su juventud ó de la de su señor, poderosos móviles por los cuales la hija de Sancho Perez le regalaba y tenia en mucha estimacion.

En el momento en que lo presentamos á nuestros lectores, vestia un traje muy adecuado á sus inclinaciones á la caza, diversion que no eran suficientes á impedir ni un mal temporal ni sus cincuenta años.

Su traje se componia de un colete de ante con mangas de paño de monte, calzas azules, botines de cordobán blanco, un talabarr de cuero en donde pendia de continuo un cuchillo de dos filos para la caza; sobre sus hombros un tabardo de paño rojo, y entre sus manos fuertes y nerviosas una gorra de piel de Rusia. Su elevada estatura, lo enjuto de sus carnes, el pronunciado perfil de sus facciones tostadas y morenas, y su mirada perspicaz y rutilante que se desprendia de unos ojos grandes y castaños, todo marcaba que Pero Martin era un hombre asaz emprendedor y á quien podia confiársele cualquiera comision, por árduo y peligroso que fuera su desempeño, como se verá.

—Te necesito por una hora, Pero Martin, dijole la jóven, fijándose en su antiguo doméstico.

—Señora, contestó inclinándose Pero, sabeis que soy tan leal como uno de los sabuesos del señor marqués, y tan dispuesto como vuestro hermoso halcon.

—Sin embargo, era necesario salir del castillo, caminar media legua, y hace frio, mucho frio; el vendabal arrecia, y todo esto me apesadumbra en mi exigencia para contigo.

—¡Oh! exclamó el fiel criado, si á vos os apesadumbra eso, á mi me mata que os hayais olvidado que soy un veterano y un cazador en cuya curtida piel, ni el granizo, ni la escarcha, ni el sol causan ya impresion alguna. Ademas, señora, como siempre que os acordais de Pero Martin es para hacerlo portador de un beneficio para algun desgraciado, resulta, que bien sea porque el corazon que salta bajo mi tosco colete es inclinado á lo grande, ó porque hayais pegado á mi alma alguna parte de lo hermoso de la vuestra, es la verdad que cada vez que me ordenais venir á vuestra presencia parece que me rejuvenezco, y vuelvo á obedecer vuestros mandatos, ni mas ni menos que como corren mis perros al sonido de mi trompeta de caza.

—¡Eres siempre el mismo! Te doy las gracias, Pero; ¿sabes á la ermita de San Anton?

—¿La que está en el encinar?

—La misma.

—Sí señora, he estado mil veces en ella.

—Pues en esa mansion, en donde parece ser que debiera respirarse solo misericordia y cristianismo, se proyectaba esta noche un crimen.

—¿Qué bien dije para mi colete cuando doña Beatriz llegaba á mi aposento por orden vuestra y en hora tan avanzada de la noche!

—¿Qué pensaste?

—Que el servicio de que iba á ser sin duda un agente, tenia que rayar muy alto.

—Es verdad, mi buen Pero Martin, se trata del caballero *Banda Azul*, á quien es preciso salvar del puñal del anacoreta, en cuya morada aquel se alberga.

—Segun eso, ¿tendré que ir á colgar al santurron de una encina?

—Nada. Tu mision está reducida á manifestar á *Banda Azul* el peligro de ser preso y lo conveniente que ha de serle retirarse de la ermita luego luego.

—¿Y por qué no decir al caballero las malas intenciones de su compañero para que lo ponga de banderín en la punta de su lanza?

—Porque eso seria evitar un crimen y promover otro.

—¿Qué ordenais mas, señora?...?

—Discrecion, ligereza y secreto:—Nada mas.

Pero Martin se inclinó, salió de la estancia, y repitiendo las palabras *discrecion, ligereza y secreto*, se dirigió á su cuarto, tomó primero su alcazaba y ballesta, y en seguida, mediante una escala que arrojara desde la pequeña ventana ojiva de su habitacion, se deslizó veloz como una ardilla, perdiéndose á poco entre la oscuridad de la espantosa noche que reinaba.

## NUEVOS MISTERIOS.

Luego que el guerrero tuvo pertrechado á Cartaginés, armado de todas armas, salió de aquella ermita, en la cual acababa de castigar la mala intencion de su criminal morador. Colocaba su dorado estribo en su pié para montar sobre el fogoso bruto, cuando un hombre embozado en un tabardo rojo se dejó ver á pocos pasos.

—¿Quién va? preguntó el guerrero al recién llegado, al par que su mano derecha asía la bien trabajada empuñadura de su larga y tajante tizona.

—¿Sois acaso el caballero *Banda Azul*? preguntó el del tabardo, deteniendo su marcha.

—¿Qué se os ofrece? replicó el caballero, desconfiando de aquel desconocido, razon por la cual no depuso su actitud hostil.

—Un mensaje reservado.

—Hablad.

—Sin testigos.

—Estamos solos.

—El ermitaño podria escuchar...

—No hay temor que os escuche, y mucho menos que os interrumpa.

—Vengo de parte de mi señora á salvaros de un gran peligro.

—¿Qué peligro?

El anacoreta quiere prenderos ó asesinaros, y me encarga mi señora huyais de este pais inmediatamente.

—El anacoreta erró el golpe, y ha pagado con la vida su traicion.

—Mucho mejor, señor, un inquilino mas en el infierno.

—¿Podrás decirme cómo se llama tu señora, con el objeto de agradecer y saber á quién debó tanto interés?

—Doña Clotilde, hija del muy noble y elevado señor Sancho Perez, marqués del Riagal y gobernador del inmediato castillo de Maqueda.

—¿Estais equivocado! repuso poseído de sorpresa el caballero, y en cuyo conmovido acento se podia fácilmente descubrir las emociones que su corazon sentia al oír al hombre del tabardo los nombres de los personajes que acababa de revelar.

—¿Señor, podrá ser que esté equivocado despues de cuarenta años que lo tengo aprendido!



—¡Pues qué! ¿el ilustre capitán Sancho Perez no está en sus señorios de tierra de Valladolid?

—Segun vuestra pregunta es seguro que la equivocacion no está en mí, sino en vos.

—¿Cómo?

—Hace un año que mi señor recibió la investidura de gobernador del castillo de Maqueda, como una prueba de estimacion por parte de S. M.

—¿Luego tú, quién eres?

—Pero Martín.

—¡Pero Martín! ¡esclamó el guerrero, cediendo instantáneamente á su interior contento: despues, como si arrepentido de su exclamacion tratase de reprimir sus emociones, guardó un profundo y dilatado silencio.

Pero Martín no sabia qué sospechar de la exclamacion, y luego del abatimiento del caballero, y como si hubiera querido penetrar los arcanos del misterioso guerrero, á fuerza de estrujar su gorra de piel de nutria entre sus dedos, no dejaba de darle vueltas y mas vueltas, al parecer sin ningun éxito.

—Está bien, Pero Martín, darás las gracias á tu señora de parte del caballero de la Banda Azul, diciendo tambien que mañana iré á besar su mano bienhechora.

—Pardiez que no hagais tal! exclamó con ansiedad el embozado.

—¿Por qué?

—Porque hay allí un Nuño, que envidioso de vuestras proezas lanzó contra vos á Hernán-Carrillo y trabaja ahora para que mi señor os cuelgue de la almena mas alta del castillo.

—No será así, mi buen Pero; y esto diciendo, se arrojó con gentileza y prontitud sobre su impaciente Cartaginés. Adios, adios, Pero Martín, quiera el cielo pueda premiar tus buenos y leales servicios.—Adios hasta mañana.

Acto continuo arrimó el acicate al fogoso bruto, y desapareció en el encinar.

Pero Martín, confuso con el lenguaje del caballero, mucho mas confuso con la determinacion de *Banda Azul* en presentarse en el castillo, se retiró de aquel sitio no sin descubrir sus grises cabellos y de inclinar su rodilla derecha al pasar por frente de la puerta de la ermita.

Momentos despues solo se percibia en aquellos montuosos parajes el imponente bramar de los aquilones, que aumentaban al parecer lo oscuro y tenebroso de la noche.

#### SE HACE VER CÓMO SANCHEZ PEREZ OBRABA MAL PERSIGUIENDO A BANDA AZUL.

Impaciente habia visto correr D. Nuño los primeros crepúsculos de la mañana, sin que pasados estos y algunas horas mas, llegase el deseado cenobita con la sangrienta ofrenda que prometiera llevar al amanecer al castillo de Maqueda. Inquieto se paseaba de una á otra almena, interin sus miradas de fuego y desesperacion se encaminaban hácia el bosque del encinar.

Eran las ocho de la mañana, y los rayos de un templado sol de invierno, al estrellarse contra la resplandeciente armadura de un gineete que se acercaba al castillo, hacian despedir hermosos fulgores que á mas de tres tiros de ballesta pudo muy bien observar el alférez don Nuño. Algunos minutos despues pudo ya mejor distinguir al guerrero, que armado de punta en blanco, deteniendo la marcha de su negro corcel á treinta pasos del puente levadizo y empuñando su trompeta de marfil, pidió parlamento.

Veloz cual el gamo corrió el alférez á dar parte á Sancho Perez de esta notable novedad, quien ordenó se bajase el puente y se permitiese la entrada al guerrero, á quien deseaba vencer y castigar. Pobláronse instantáneamente de soldados, pajes, escuderos y doneeles las almenas y torreones que daban comunicacion al campo y al patio grande. La jóven Clotilde, acompañada de su dueña, observaba desde las encubiertas celosias de su ajimez que daba al patio, todo cuanto pudiera tener lugar en aquel sitio. La encantadora niña habia pasado una noche de azarosa y cruel inquietud, porque Pero Martín la habia revelado los proyectos de presentacion de *Banda Azul*: así es que tan luego como Doña Beatriz habia entrado en el gabinete de su señora anunciándole la llegada del misterioso caballero, se habia apoderado de sus miembros una convulsion general, y su corazon palpitaba con violencia á impulsos de las encontradas afecciones que en el mismo se desarrollaban. Trémula, pálida, sostenida por el brazo derecho de su dueña, esperaba en el ajimez la llegada de *Banda Azul*, por quien hacia tiempo, y cediendo á los reservados impulsos de su alma, habia sentido las mas vivas simpatias. Efectivamente hay presentimientos, sobre todo en el corazon de la mujer, que rara vez salen fallidos, y que anuncian una felicidad inesperada ó una desgracia fatal.

Corriéronse al fin las cadenas del puente levadizo; cedieron los dobles pestillos de la fuerte puerta de encina forrada con chapas de hier-

ro, y el choque de las herraduras de *Cartaginés* atrajeron la muchedumbre al patio grande. El caballero al llegar á este sitio puso el pié en tierra, y su apostura guerrera, su agilidad en desmontar, lo rico de sus armas y su talla elevada y majestuosa arrancaron la admiracion de todos los que le observaban. Clotilde, cada vez mas trémula y agitada, sintió á la vista del caballero una fuerte compresion en su pecho; sus ojos se humedecieron; un sudor de lava bañaba su espaciosa frente, y su corazon, cada vez mas convulso, terminó por producirle un paroxismo prolongado que obligó á Doña Beatriz á conducirla en sus brazos á un inmediato lecho, en donde la prodigó los auxilios que juzgó oportunos para volverla en sí. Un paje tomó las bridas del hermoso corcel, en tanto que dos escuderos precediendo á *Banda Azul* le guiaban á una antecámara, en la que un maestra sala le pidió noticias para anunciar su llegada al gobernador.

(Continuará.)

FELIX MONTERO Y MORALES.

#### LETRILLA.

Mientras yo en el campo

suspiro por tí,

dime, niña hermosa,

¿te acuerdas de mí?

A tí, la morena

de ojos brilladores,

de ojos que callando

siempre estan hablando,

y ardo en sus destellos

desde que los ví;

Dime, niña hermosa,

¿te acuerdas de mí?

Sabes que te adoro

con toda mi alma;

que por tí suspiro,

que por tí deliro;

que eres de mi sueño

la mágica huri!

Dime, niña hermosa,

¿te acuerdas de mí?

¿Qué á mi la hermosura

culta, artificiosa?

Al pecho enajena

cándida azucena,

que oculta creciendo

descuelga gentil.

Dime, niña hermosa,

¿te acuerdas de mí?

¿Dó hay mayor delicia

que hallar una Diosa

que ignora que ama

y en amor se inflama?

¿que trueca en su rostro

la nieve en carmin?

Dime, niña hermosa,

¿te acuerdas de mí?

Conserva, mi amada,

el candor nativo,

que bulle en tu frente

cual alba riente,

y colma de encantos

tu plácido Abril:

Dime, niña hermosa,

¿te acuerdas de mí?

La dicha mas grata

que encuentro en la tierra,

es ver tu sonrisa,

y aspirar la brisa

de tu dulce aliento,

y á tus pies morir.

Dime, niña hermosa,

¿te acuerdas de mí?

M. C. 1835.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

*Un hombre ébrio ve todo al revés.*

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. A. Hambra.